EL MAR DE DIEPPE

Ante el mar de la Mancha, un recuerdo para Giovanna Franzetti.

EN Dieppe no tuve miedo al mar aunque era grande,
como el cielo de un dios hecho de hierro;
allí nos encontramos el mar y yo una tarde
y acaricié sus olas bañándome en su cuerpo.
El mar en Dieppe limita con la playa
y una curva de rocas; mar adentro,
donde se pierde el límite y los peces
el mar de Dieppe limita con el cielo.
No duerme el mar su borrachera de agua,
es un dios de sí mismo bajo el viento;
yo fuí de madrugada a despertarle
y el mar en Dieppe estaba ya despierto.
Un volcán de serpientes apretadas
parece el mar de Dieppe, como unos pechos
se levantan sus olas para morder la calma
de un silencio que busca otro silencio.
Yo me quedé en sus muelles limitado al avance,
teniendo el mar de cara cerca y lejos,
descansaban mis ojos horizontales de agua
y era el agua una masa sin objetos
en Dieppe, donde esperaba el mar cada mañana
la partida de un barco, el desconsuelo
de ese ofrecer su vientre sin abrirse
porque en el mar no existen agujeros.
De costa a costa el mar pierde su fuerza,
un latido de peces en el centro
alborota sus aguas desde el fondo
donde la vida habita un cementerio.
El mar de Dieppe se pierde como un bosque
sin caminos de asfalto ni de hierro,
gigantesca montaña boca abajo,
un terremoto de agua en movimiento.

El mar empuja con sus pies de espuma
la barriga quebrada del Continente quieto;
y así regresa el mar sobre sí mismo, rechazado,
fugaz, enloquecido; pertinaz al regreso
vuelve el mar a la costa, visto desde las nubes
será un ojo de fieltro.
A Dieppe después del alba, como un Guernica al trote
de tierra y de gaviotas llegaba el mar sediento;
encontraba las costas como cuchillos grises
y los ojos azules de viejos marineros.
Le despedí en los muelles a las seis de la tarde,
tenía el mar mis ojos donde acostarse inmenso,
vacío hacia otras costas, desnudo como un parto
parece el mar un náufrago cuando se va del puerto.



ÁNGEL SANTIAGO ESTÉBANEZ